Impresiones de un escritor en París: Azorín

Pascuala MOROTE MAGÁN
(Universidad de Valencia)
María José LABRADOR
(Universidad Politécnica de Valencia)

«Je ne suis français que par cette grande cité».
Montaigne



José Martínez Ruiz, Azorín[1], escritor que dio nombre a la generación del 98 en un artículo publicado en 1911 y fue un gran representante de la misma, es el escritor enamorado de Francia y de lo francés, cuyo núcleo esencial es la ciudad de Paris, razón por la cual nos hemos centrado en especial en esta obra, entre todas las que citamos a continuación, vinculadas a Francia:

«*Entre España y Francia*, 1916
(Páginas de un francófilo)
París bombardeado, 1919
Racine y Molière, 1924
Españoles en París, 1939
París, 1945
Con bandera de Francia, 1950»

Francia fue como una segunda patria para él ya que gran parte de su formación filosófica, literaria y artística estaba cimentada en lo francés.

En julio del 36 cuando estalla la Guerra Civil en España, Azorín que vivía en Madrid se sintió en peligro y se refugió en Paris; le ayuda en su viaje el librero de una librería de obras viejas y antiguas, el valenciano Juan Nogueroles; desde Madrid acompañado por su esposa pasa a Valencia

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Pascuala MOROTE MAGÁN, María José BRUÑA B
Centro Virtual Cervantes

(capital de la república) y desde allí se marcha a París con muy poco dinero, se instala en el hotel Terminus y después se muda a otro más barato; para subsistir escribe para La prensa de Buenos Aires.

Durante la Guerra Civil española Azorín y Baroja, que fueron grandes amigos, se vieron en Paris compartiendo en el exilio, añoranzas, sufrimientos y esperanzas. De Baroja que se hospeda en el Colegio Español de la ciudad universitaria cuenta que es muy solicitado por las señoras y que con las francesas habla con mucha más libertad que con las españolas porque tienen menos prejuicios; Baroja es un gran conocedor de París y lo relaciona con Balzac y con su tiempo. Sebastián Miranda, muy amigo de Baroja y Azorín los retrata en París al primero con sus gestos curiosos y al segundo con su gesto impasible; este escultor tiene su estudio en el 112, *Boulevard Malesherbes*. También coincide en París con don Ramón Menéndez Pidal, con el Doctor Marañón, con Ortega y Gasset, con Pérez de Ayala...

Azorín que piensa que la regeneración de los hombres no se basa ni en la resignación, ni en la tristeza, ni en el dolor, sino que estriba también en gozar de la naturaleza, del arte, de los árboles, de las casas, de la comodidad en el mobiliario, de la elegancia en el vestir, etc., esto es lo que quizá le hace aficionarse por lo francés, porque en el París del año 36 posiblemente halló lo que entonces no era usual en España, país que ya estaba deshecho por la Guerra Civil. Su afición por lo francés no sólo se basa en lo que ve en la ciudad sino en los conocimientos literarios que posee de los escritores franceses entre otros, a La Bruyère lo considera un clásico y su admiración por el ensayista Montaigne es una constante en toda su obra; de otros muchos escritores franceses nos ofrece noticias, títulos de libros, comentarios sobre ellos: Racine, Victor Hugo, Rousseau, Montesquieu, Balzac, Stendhal, Bossuet, Anatole France.

Antes de la guerra civil, ya había estado en Francia. En 1919, como subsecretario de Instrucción Pública en España, representó al gobierno español en la inauguración de la exposición *Arte español*, en Burdeos, y fue precisamente en este acto donde se declara abiertamente admirador de Montaigne (Mercadal, 1967: 70) y une a este nombre el del genio español de Goya como dos mentalidades artísticas diferentes, una basada en el orden y la reflexión (Montaigne), y la otra en el capricho, en la libertad, en la pasión y en la fantasía (Goya). En este sentido pretende Azorín relacionar el genio francés con el español cuando dice: «Francia y España deben marchar hacia una mayor y más íntima compenetración; las disparidades de su genio simbolizadas en Montaigne y Goya, deben unirlas cada día. La generación romántica francesa comprendía a España, como España no ha sido comprendida nunca por ningún pueblo europeo» (Mercadal, 1967: 70).

En su libro *París*, fruto del tiempo que permaneció en la capital francesa, el escritor recorre la ciudad y transmuta sus paseos en materia literaria, de tal manera que el encanto y la belleza de esta ciudad pasan por sus ojos de observador minucioso para que lleguen a los lectores: al que desconoce la

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Pascuala MOROTE MAGÁN, María José BRUÑA B
Centro Virtual Cervantes

ciudad, le incita a visitarla y al que ya ha estado en ella en varias ocasiones (París es una de las ciudades a las que siempre se vuelve) la lectura de este libro es una renovada evocación, recreación y disfrute de la gran capital europea. El escritor hace que rememoremos nuestra época de estudiantes cuando descubrimos y recorrimos por vez primera sus calles, parques, museos, estaciones...

Nuestros recuerdos se actualizan de la mano de este escritor que con sus técnicas impresionista y cinematográfica nos acompaña por los espacios de la ciudad: barrios, glorietas, estaciones, iglesias, librerías de viejo en una de las márgenes del Sena, mercados, tiendas de antigüedades, pretiles del río, metro, la universidad por excelencia, La Sorbona, los cementerios... No deja de mostrarnos cada rincón, cada monumento, cada estatua... y todo ello descrito con un minuciosidad extraordinaria, y relacionando su particular visión de París con pensamientos propios y de escritores franceses y españoles a la vez que va dejando su dolorido sentir por España y su particular visión del paso del tiempo en ese eterno vaivén de una época a otra, que puede despistar al lector no avezado en su forma de escribir, en la que se funden espacio y tiempo en un juego permanente y esencial en la vida del hombre de todas las épocas, pero que el escritor supo ver como pocos.

El motivo recurrente sobre el tiempo lo relaciona con la mujer por lo que el capítulo XVIII lo titula *La mujer y el tiempo*. El tiempo atañe más a la mujer que al hombre; más sensitiva la mujer, está en más íntima relación con el tiempo. En la mujer adquiere el tiempo diversas modalidades: unas veces de pugna y otras de alianza. Se hostilizan o se compaginan la mujer y el tiempo» (1966: 117). Esta idea la centra en tres tipos de mujeres: Andrea, limpiadora del hotel, para la que «el tiempo adquiere una modalidad maternal» ya que realiza sus tareas con rapidez para volver lo más pronto posible a cuidar de los hijos que ha dejado en casa. La segunda mujer es una señora cuyo nombre desconoce y que es la guardadora de las sillas en la glorieta de la Capilla Expiatoria; esta mujer representa a la vez la soledad (su hija vive lejos) y el amor a la gran ciudad; su principal preocupación es recordar el tiempo pasado, en el que fue dichosa. La tercera mujer es una librera que compra libros para su propio negocio y que coincide con el escritor; de ella no sabe valorar el sentido del tiempo, pero se lo imagina: «su problema de tiempo será, sin duda, el permanecer idéntica a sí misma, siempre igual, como si no existieran los años, curtida por los vientos, los soles y las nieblas» (1966: 22).

Pasamos ahora a recorrer París con la obra de Azorín y lo primero que vamos a ver es su llegada y la visión de conjunto de la ciudad en la que destaca luces, ruidos, movimiento... [...] «llegaba el tren con retraso; nos íbamos acercando a las proximidades de Paris. Se veían esparcidos, en la noche, en la vastedad de las tinieblas, puntitos brillantes; lucían de cuando en cuando focos eléctricos; se divisaban, las vidrieras iluminadas de fábricas. Entrábamos en los suburbios de Paris; faltaban ya pocos minutos

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Pascuala MOROTE MAGÁN, María José BRUÑA B
Centro Virtual Cervantes

para llegar.» (1966: 7).Con estos puntos de brillo y color está impregnando sus descripciones del impresionismo de Monet y con el movimento y los sonidos nos acompaña en la penetración a la ciudad como si se tratara de una película cinematográfica. Esta reciente llegada acusa en el escritor las tristeza y la soledad del hombre que debe enfrentarse al día siguiente a una vida nueva. [...] «la soledad de la noche, junto con la vastedad del hotel, sin contar con nuestra incertidumbre hacían que sintiéramos una sensación de abatimiento.

A la mañana siguiente cuando sale del hotel observa el pretil del Sena que en su obra *Valencia* lo compara con el pretil del Turia y cómo no los puestos de libros del famoso río, a los que se refiere continuamente y con los libros afluye su conciencia de la memoria y del tiempo cuando dice: [...] «y continuaban pasando los minutos, las horas» (1966: 11).

Entre los artículos que dedica a París en *La Prensa* de Buenos Aires, algunos títulos son bien significativos de la admiración que le causa la ciudad: «Las márgenes del Sena» (*La Prensa*, 10/01), «La maravilla de París» (*La Prensa*, 31/01)... «La experiencia del Louvre» (*La Prensa*, 24/01), fruto de sus continuas visitas al museo. Las rutas literarias por París son otras de sus ocupaciones («En casa de Balzac», *La Prensa*, 21/02; «La capilla desierta», *La Prensa*, 28/02). Su tendencia a recrear personajes literarios de épocas pasadas deja su huella en algunos artículos de este periódico, poniendo en forma de mito a personajes que pueden ser el propio Azorín y tras de los cuales se oculta alguna íntima tragedia experimentada en España como «Edipo llega a París» (*La Prensa*, 07/03), «Homero en el Louvre» (*La Prensa*, 21/03), «San Sebastián en París» (*La Prensa*, 28/03), «Un astrólogo en París» (*La Prensa*, 04/04), «No está la Venus de Milo» (*La Prensa*, 18/04), «Job está en París» (*La Prensa*, 25/04), «Tobías en París» (*La Prensa*, 02/05), «Rebeca en París» (*La Prensa*, 09/05), «San Cristóbal en París» (*La Prensa*, 30/05), «Adán y Eva en París²» (*La Prensa*, 13/06), «Un loco en la Sorbona» (*La Prensa*, 06/06), «Hay loto en París» (*La Prensa*, 20/06), «Su llegada a París» (*La Prensa*, 10/10), «Un cartujo en París» (*La Prensa*, 12/12), etc. casi todos ellos están recogidos en el libro *Españoles en París*, publicado por Espasa Calpe en su famosa colección Austral cuya primera edición fue del año 1939.

Aunque actualmente hay quien valora poco a Azorín excepto en sus escritos de juventud, en los que denunciaba la desigualdad y la injusticia, no nos cabe duda de que hoy se está volviendo a revalorizar tanto desde la universidad de Alicante, donde se han leído varias tesis sobre él, como por otros escritores como Vargas Llosa que en bastantes ocasiones ha elogiado el estilo azoriniano y sus trabajos de miniaturista virtuoso. La visión de Azorín no sólo de París sino de otras muchas ciudades españolas (Valencia, Madrid, Riofrío de Ávila, León, Valladolid...) nos conduce a la observación de una obra literaria exquisitamente escrita y en la que se observa el poso de su sabiduría filosófica, artística, literaria... todo lo cual le confiere una estética artística especial.

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Pascuala MOROTE MAGÁN, María José BRUÑA B
Centro Virtual Cervantes

Su primera mirada puesta en los cementerios parisinos, nos dice mucho de sus sentimientos en aquel momento, el que le llama la atención es «Ese jardín de la Capilla Expiatoria de la Magdalena donde fueron enterrados Luis XVI y María Antonia, guillotinados en la cercana plaza de La Concordia. Del cementerio queda una parcela con algunos sepulcros cubiertos de anchas losas blancas; el resto es una amena glorieta con árboles frondosos. Da por una parte al bulevar Haussmann y por otras a diversas calles; es lugar apacible y frecuentado por vecinos y transeúntes que aquí se sientan a descansar un momento. En un ángulo se ve una especie de estanque, no con agua, sino con fina arena destinada a que jueguen los niños» (1966:14).

Sus frecuentes visitas al museo del Louvre le hacen sentirse con lo que se denomina ahora *el complejo de Stendhal*, es decir, el cansancio por el arte, imposible de ver en poco tiempo, de ahí la impresión que Azorín denomina «vértigo y cansancio» y que le lleva a decir «llegamos con apetencia de ver cuadros, famosos cuadros y, al cabo, nuestra glotonería nos produce náuseas» (1966:39). Cuando escribe esto, indica que ya habían hecho más de cincuenta visitas y que los conocían casi todos los guardianes del museo. En una de las galerías destaca la Cocina de los ángeles de Murillo; de Renbrandt destaca *La canal de un buey, El buen samaritano, La Betsabé, El San Mateo, Los peregrinos de Emaus* (comparados unos peregrinos pintados por Tiziano y otros peregrinos pintados por el Veronés) y dice de Renbrandt que es el «pintor de lo inefable»... y de Rubens Las tres parcas de las que llama la atención sobre su juventud y belleza. Tres estatuas griegas son admiradas al máximo por Azorín: *La Venus de Milo, La Venus de Arlés* y la de *Genitrix*, la primera le sirve de base sobre su recurrente reflexión en torno al paso del tiempo «Ha pasado ya, en este caso de la Venus de Milo, la plena juventud; se es joven todavía y se continuará siéndolo algunos años más; 'pero esa lozanía tersa, fina, dura en las curvas, que se tiene a los veinte años, ha desaparecido.Y tal vez la hermosa mujer mira a lo lejos, sin saber a dónde, abstraída, pensando en la fugacidad de la juventud, de la vida, del tiempo, en suma» (1966:42).

Otra mirada pasa, cómo no, por el Barrio Latino y «su maraña de callejuelas» y bulevares; uno es el de Saint-Michel, en una de cuyas plazas cercanas se detiene ante una fuente, con San Miguel blandiendo su espada y sus cuatro acompañantes, las cuatro virtudes cardinales, cuya contemplación mientras escucha el rumor del agua le hace pensar en el transcurrir de la vida. «La vida pasa y el agua pasa también», eterna dualidad de toda la literatura española, que arranca de las conocidas *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique («Nuestras vidas son los ríos/ que van a dar en la mar /que es el morir»). Cuando penetra en la calle de Zacharie, lo hace con lentitud porque [...] «deseaba sentir intensamente un momento que ya no volveré a sentir». Esta preocupación la percibe en cada uno de los lugares de París que va conociendo: «[...] la gran ciudad tiene el privilegio de hacer sentir lo que nunca se había sentido. Y como

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Pascuala MOROTE MAGÁN, María José BRUÑA B
Centro Virtual Cervantes

esa sensación es única, ansiamos que no se nos vaya de las manos este fragmento de realidad que contemplamos» (1966:45). Se detiene también en las iglesias de San Julián el Pobre y San Severino, a las que opone por su carácter oriental la primera y por su carácter occidental la segunda. De San Julián afirma «San Julián el Pobre es pobre» (1966:50). Y ante esta iglesia piensa que no está ni en Paris ni en el siglo XX «[...] sino en algún lugarcito de Oriente y en los primeros siglos del cristianismo» (1966:51).

En la Sorbona viendo las restauraciones que se hicieron en la obra de Roberto Sorbon vuelve a insistir en la idea del tiempo y se acuerda de dos catedráticos españoles del pasado: Juan Luis Vives (valenciano) y Fernán Pérez de Oliva «¿y es que tú Juan Luis Vives, no vas a volver más a España? ¿y es que tú, Pérez de Oliva, no te acuerdas de Córdoba? Por lo bajo digo para mí que yo, en este austero patio de la Sorbona, sí que estoy sintiendo vivamente a España» (1966:30). En esta universidad que describe con bastante concreción, el maestro del idioma llega a la conclusión, como en otras muchas ciudades, de que no sabe si es real o imaginado lo que está viendo y escribiendo; en realidad, en esos momentos (como ahora en este coloquio), se trata de una tarde de París en primavera «[...] en que el ambiente es de una dulzura indecible» (1966:32) y aquí recuerda a Víctor Hugo y a su obra de asunto español Ruy Blas y al profesor Michaut con la suya *La sagesse de La Fontaine* de la que dice «[...] nos conforta y nos hace cautos».

Como escritor y crítico de teatro nos sorprende que afirme que en los tres años de París no ha puesto los pies en ningún teatro, quizás por dificultades económicas, en cambio sí que asistió a un ensayo de la obra de Gaston Baty *Dulcinea*, el cual le había pedido opinión anteriormente sobre el tema; el papel de Sancho lo representó George Vitral al que le felicitó cordialmente; la obra tuvo mucho éxito por la puesta en escena con juegos de luces y sombras y armonía de color, aunque Azorín piensa que «en el teatro basta con un sencillo decorado, y aun sin decorado, un genial actor; todo lo demás son superfluidades» (1966:149). Es curioso, en este sentido, que coincida con la teoría teatral del *espacio vacío* de Peter Brook. De los actores franceses dice que sólo ha visto actuar a Sarah Bernhardt y que le hubiera gustado ver a André Antoine que llevó al teatro la naturalidad e introdujo la costumbre de hablar en escena de espaldas al público cuando era necesario. Azorín se tuvo que sentir muy satisfecho cuando en 1937 se radió por la estación de la torre Eiffel su obra *Angelita*, comedia que fue interpretada por la compañía *La petite scène* integrada por actores distinguidos.

Resalta el metro como eje arterial del transporte de la ciudad y lo destaca por la vida y el movimiento que conlleva. Quienes hemos vivido en París hemos sentido lo mismo que él: «[...] el metro es esencial en la vida de París. No puedo pasar sin permanecer todos los días dos horas, por lo menos, en el metro [...] se estudia en el metro la vida de los ciudadanos, el andar de los ciudadanos. Se induce por el gesto la vida; se imagina por la

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Pascuala MOROTE MAGÁN, María José BRUÑA B
Centro Virtual Cervantes

vida, la novela de la vida» (1966:55). Las descripciones del metro son tan exhaustivas e ingenuas que del impresionismo ha pasado al arte naif porque enumera absolutamente todo lo que hay en las estaciones (vitrinas, tiendecitas, confiterías, pajarerías...), hasta explica el precio de los billetes, las clases, primera y segunda, cómo se baja a los andenes, cuántas veces los riegan, los mapas que hay en los extremos de las estaciones, cómo se cierran los portones automáticamente cuando los trenes han iniciado la marcha, qué es lo que hay que hacer para no guardar cola cuando se saca un billete (sacar un taco de diez, como ahora), cómo taladran el billete, la prohibición de viajar con perros y los cestos especiales que llevan los franceses para poderlos llevar en el metro, etc. Todo un conglomerado de pequeños detalles más propio, como hemos dicho antes, de la pintura «naïve» que del impresionismo y de la técnica cinematográfica. Azorín que siempre está utilizando el metro es en este sentido como un niño grande que posiblemente esté comparándo este transporte con los españoles de la época.

Los mercados son punto de atención de muchos escritores españoles como él mismo cuando describe el de Valencia en su obra Valencia y Blasco Ibáñez en *Arroz y Tartana*. Los mercados son puntos álgidos de una ciudad y París está llena de mercados. Indica Azorín que «el mercado nos ayuda a comprender una ciudad; el mercado es vivero de lingüística y concierto de color. En el mercado escuchamos el habla popular con sus modismos y refranes; en el mercado, los ojos se complacen en la visión del color que nos ofrecen los frutos de la tierra. Aquí están los verdes con todas sus gradaciones, los rojos, los amarillos, los morados, los morados por el otoño en las berenjenas» (1966:154). Visita habitualmente el mercado de la calle de San Antonio, próximo a la plaza de la Bastilla y el de la avenida de Ternes; ambos le recuerdan mercados de las viejas ciudades españolas.

El mercado de la Flores también llama su atención, en especial el cercano al Palacio de Justicia y cómo no el *Marché aux Puces*, cuyos cachivaches le recuerdan el Rastro de Madrid; describe el citado mercado con sus puestos de perfumes, navajas, cuchillos, tijeras, cintas encajes, ropas, útiles de limpieza, sombreros... y los merenderos que hay entre estos puestos donde se cuecen almejas que los parroquianos comen sentados ante mesitas. También encuentra en este mercado un puestecillo de libros en el que ve dos obras literarias españolas *Pascual López* de Emilia Pardo Bazán y *Lecciones* de Iriarte. Aún escribe sobre otros mercados curiosos como el de las ropas llamado el *Marché Carré*; el mercado de las pieles, del que destaca el mal olor, y el mercado del vino donde se ofrecen los vinos de diferentes regiones y cosechas de los que destaca el *Sauternes* que se bebe con el pescado.

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Pascuala MOROTE MAGÁN, María José BRUÑA B
Centro Virtual Cervantes

Aunque nuestro recorrido refleja en una mínima parte el que hace Azorín por todo Paris sí que nos parece suficientemente representativo y aconsejamos la lectura de su obra para conocer la ciudad.

Conclusiones

A pesar del tiempo transcurrido desde que se escribió la obra *Paris* aún podemos visitar la ciudad con el libro en las manos mucho mejor que con cualquier guía turística y quizás encontraremos todo el encanto de la ciudad de la que Azorín se siente enamorado.

La lectura de sus obras y artículos sobre París supone un acercamiento de gran valor a la cultura, a la vida y al arte francés.

Es de destacar cómo pudo superar espiritualmente las penurias económicas, la añoranza de su país ante la contemplación de la ciudad en todo su esplendor y en todo su vitalismo: paseos por el Sena, visitas a librerías, contemplación del arte, disfrute de las comidas...

Por último, queremos terminar con un pensamiento del escritor que refleja cómo se ve la pequeñez de la persona ante la grandiosidad de París.

> «Sólo pensando que somos en la intensidad de los mundos, en lo incircunscrito del espacio sidéreo, un átomo imperceptible, podremos ser humanos y comprensivos.»
>
> Azorín

NOTAS

1. Azorín, seudónimo diminutivo de la palabra azor que connota lo alado, lo raudo, lo veloz y lo cortante, cualidades que llevó a su magnífica prosa.
2. Trata de un matrimonio exiliado en París, sus problemas económicos y sus desgracias, que bien pueden ser las suyas propias.

BIBLIOGRAFÍA

Alfonso, J.: *Azorín*, Barcelona, Editorial Aedos, 1958.

Azorín: *París*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1966. *Españoles en Paris*, Madrid, Espasa Calpe, 1967.

García Mercadal, J.: *Azorín. Biografía ilustrada*, Barcelona, Destino, 1967.

Shaw, D.: *La generación del 98*, Madrid, Cátedra, 1978.

ESCRITORES DE AMÉRICA LATINA EN PARÍS. Pascuala MOROTE MAGÁN, María José BRUÑA B

Centro Virtual Cervantes